

PREÁMBULO

(extractos)

Gran parte de la obra de Lenin sigue vigente cien años después de su muerte. Sus análisis del capitalismo son, en su mayoría, perfectamente válidos en la actualidad, por el simple hecho de que el sistema hegemónico en el tercio 'occidental' del mundo no ha cambiado en lo sustancial. Ha habido una evolución vegetativa, aparente, disfrazada de revolución tecnológica o de cambio de las mentalidades, pero su esencia es la misma y se basa en las mismas concepciones.

Ese tercio occidental del mundo, compuesto por la mayoría de los países de la Comunidad Europea, Estados Unidos, Canadá, Australia..., podría decirse que ha cambiado cuantitativamente, pero no cualitativamente, ya que los principios en los que se sustentan esas sociedades constituyen un eje vertebral inmanente que, simplemente, no puede evolucionar. Son los principios del afán de lucro, de la competitividad, del egoísmo, de la desigualdad, de la agresividad y de la violencia para lograr sus objetivos en el más corto plazo posible, enrolados en una espiral interminable..., son principios que se apoyan en el crecimiento desenfrenado y, por tanto, en la depredación del medio ambiente, de los recursos y, en definitiva, de la propia humanidad.

Las sociedades occidentales no pueden detener al monstruo que las impulsa. Las cuentas de resultados exigen un incremento constante y voraz, siendo así que la estabilidad en las ganancias se considera equivalente a pérdidas, desencadenando despidos, rebajas de salarios y la exigencia abusiva de incrementos de productividad. Nada ha cambiado.

Las bases ideológicas del sistema de mercado se remontan, según algunos, a los siglos de la llamada Baja Edad Media y, según otros, a la Ilustración, pero todos coinciden en los mismos fundamentos, a todas luces falsos:

El mercado regula la economía y compensa los desequilibrios y las desigualdades, mediante la 'Ley de la oferta y la demanda' [LOD]

una falacia que sólo se cumple (o se cumpliría) en una sociedad de laboratorio que no existe. Los propios resortes del sistema corrompen esa supuesta 'Ley': los monopolios y los oligopolios, el poder político, el dominio sobre los medios de comunicación, el 'derecho' exclusivo del uso de la fuerza/violencia...

La LOD nunca se ha cumplido ni se cumplirá, salvo en el micro-cosmos del consumo limitado a círculos cerrados imaginarios, y no siempre. Las gran-

des corporaciones que, *de facto*, detentan el poder en las sociedades occidentales, tienen perfecta capacidad para anestesiar, aniquilar, manipular y dejar sin efecto a la LOD, una capacidad que ejercen sin reparo siempre que les interesa, y sin freno ni control externo (democrático). En eso consiste la 'iniciativa privada', en escapar al control democrático. Nada ha cambiado.

El estatus de dominio hegemónico del mundo (o su aspiración a tal) empuja a las potencias occidentales a construir mecanismos de presión sobre aquellas sociedades que no se avienen de buen grado a someterse a sus intereses. Tales mecanismos se apoyan en la industria armamentística que, como el resto de los grandes medios de producción, necesitan vender sus productos y necesitan que se consuman para poder seguir produciendo y, por tanto, seguir vendiendo..., en un torbellino infinito uno de cuyos ciclos es la guerra, la gran consumidora de armas. Nada ha cambiado en lo fundamental, pero en este caso, las sociedades occidentales han 'inventado' una nueva industria: la de la reconstrucción de aquello que las armas, sus armas precisamente, han destruido. Así se cierra el círculo.

Además de la guerra, en la acepción común de la palabra, existen otras aplicaciones de la industria de las armas, como es la capacidad de incidir en los sistemas políticos ajenos, cuando a tales sistemas se les aplica intencionada y no siempre verazmente, el calificativo de antidemocráticos o de terroristas. Tales acciones delictivas de acoso se realizan mediante el espionaje, el chantaje, la subversión, la amenaza, el secuestro, el crimen... Pero es más que evidente que el marchamo de 'antidemocrático' o de 'dictadura' o de 'terrorista' esconde la condición de 'no amigo', ya que si se trata de una 'dictadura amiga', de un sistema 'anti-democrático amigo', de un 'terrorista amigo', sólo se le va a tildar o acusar de 'anti-democrática/o', de 'dictadura' o de 'terrorista', si deja de ser 'amiga/o', 'aliada/o'.

Es el colmo de la paranoia: según las potencias occidentales, sólo violan los **derechos humanos** los sistemas 'enemigos', nunca los 'amigos'.

Después, se ponen en marcha las sanciones, los bloqueos, los boicots, la conspiración, la inyección de medios a la oposición local, el suministro de armas y medios para promover levantamientos, el asesinato de individuos 'molestos', la manipulación de precios para socavar las bases económicas del régimen supuestamente anti-democrático, incluso la invasión o el golpe de estado... Nada ha cambiado (véase la Guatemala de Arbenz, el Chile de Allende, la Bolivia de Morales...). Pero existe una novedad en el concepto de golpe de estado, que es el **golpe de estado electoral**, que incluye la impug nación fraudulenta de las elecciones para justificar el golpe. Recientemente, a

finales del año 2019, ha ocurrido en Bolivia, cuyo mineral de litio es objeto del más lúbrico deseo.

También el paroxismo golpista de la epifanía del 2021, en el Capitolio de Washington, fue la demostración palmaria de que **no** son los principios democráticos los que iluminan las acciones del Imperio, sino todo lo contrario. Dos años después, se ha repetido en Brasil ese mismo golpismo (también fracasado), utilizando las mismas falacias y la misma estrategia.

Se diría que estas modalidades, en las antípodas de la democracia, son novedades ‘occidentales’ de los últimos lustros, aunque lo son sólo en la forma, en la superficie, ya que su esencia básica no es nueva; es la misma de siempre. Nada ha cambiado.

Que una sociedad enferma, como la norteamericana, pretenda descalificar a otras marcándolas con el sello de la anti-democracia y las acuse de no respetar los derechos humanos es la sublimación del cinismo.

¿Cómo se constituyen en acusadores los dirigentes políticos de los Estados Unidos, cuando su pretendida ‘democracia’ se basa en la más pura violencia, incluso doméstica, con una Asociación del Rifle que justifica las constantes masacres callejeras, o en escuelas, o en lugares de ocio, o en supermercados..., o con algún Secretario de Estado que justifica la tortura, como Donald Rumsfeld, durante la presidencia de George Bush (hijo), en la primera década de este siglo?

¿Cómo puede acusar a nadie un sistema político que mantiene, desde el año 2002, en una prisión en suelo ajeno (Guantánamo), a unos prisioneros a los que no se les permite ni el más mínimo atisbo de aquellos derechos humanos que exigen a los demás?

¿Cómo se permiten esos carceleros propagar tales acusaciones cuando ellos todavía practican el asesinato habitual y contumaz de los afro-americanos en los estados del sur?

¿Cómo es posible todo eso sin que la fantasmal ‘Comunidad Internacional’ les expulse de su seno y les pruebe en los foros mundiales?

Son unos enfermos, como lo eran ya hace cien años. Todo sigue igual.

El día 26 de junio del año 2023, la Agencia France Press hizo público un informe de la relatora de la ONU para los derechos humanos y la lucha antiterrorista, Fionnuala Ní Aoláin, en el que exponía la situación de los presos de la base de Guantánamo donde, 30 años después, los Estados Unidos de América siguen pisoteando los derechos humanos, siguen torturando a seres humanos y siguen despreciando el derecho internacional.

Transcribimos algunos extractos de la nota de prensa y añadimos, por obvios que sean, nuestros propios comentarios, entre corchetes:

Vigilancia constante, acceso limitado a las familias, aislamiento. El trato a los 30 últimos detenidos en Guantánamo es “cruel, inhumano y degradante”. [Esta cárcel militar se abrió el año 2002.]

Tras décadas de demandas infructuosas de expertos independientes de derechos humanos de la ONU, la relatora especial para los derechos humanos y la lucha antiterrorista, Fionnuala Ní Aoláin, pudo visitar la cárcel en febrero.

Su informe describe, pese a “importantes mejoras” en el centro de detención, una “vigilancia casi constante, extracciones forzadas de las celdas, utilización excesiva de medios de contención”, “carencias estructurales en materia de salud, acceso inadecuado a las familias” y “detenciones arbitrarias caracterizadas por las violaciones del derecho a un juicio justo”.

“La totalidad de todas las prácticas y negligencias tienen efectos agravantes acumulativos para la dignidad, la libertad y los derechos fundamentales de cada detenido, lo que equivale a un trato cruel, inhumano y degradante de acuerdo con el derecho internacional”.

La cárcel, que llegó a albergar a 800 “prisioneros de guerra”, estuvo en el foco de mira de la comunidad internacional por las supuestas violaciones de los derechos humanos, detenciones ilegales y tortura que se habrían llevado a cabo en ella. [Esa supuesta comunidad internacional no ha ejercido la más mínima acción contra los Estados Unidos de América, ya que, de hecho, está sometida a su dictado.]

La embajadora ante el Consejo de Derechos Humanos, Michèle Taylor, señala que la administración de Joe Biden “trabaja activamente para encontrar lugares adecuados para los detenidos que quedan”. [Tras 30 años, una cínica muestra de la repugnante impunidad con la que operan los USA.]

Su informe [de la relatora de la ONU] señala que la práctica de la tortura en “lugares ciegos” (cárceles clandestinas estadounidenses) como Guantánamo, “supone el principal obstáculo para el derecho de las víctimas a la justicia”. “La tortura ha sido una traición al derecho de las víctimas”.

Además de pedir que el gobierno estadounidense “rinda cuentas por todas sus violaciones del derecho internacional”, la relatora subraya la “importancia de pedir perdón, una atención integral y garantías de que no se repetirá para todas las víctimas”. “Y estas garantías no serán menos apremiantes en los próximos años”. [Bellos, pero ingenuos deseos.]

A pesar de estas atrocidades, quizá haya quien esté tentado de considerar que los resortes de la política son ahora muy distintos a los de hace cien años, que la llamada revolución tecnológica (muy en concreto el mundo de la comunicación, los teléfonos móviles, las redes sociales, etc.), ha creado un universo *ex novo* en el que ya nada es lo que era; quizá creará que la humanidad está preparada para cerrar una puerta tras de sí y entrar en una era desconocida hasta hoy (brillante, según los apologistas del capital).

¡Nada más falso ni más estúpido!

El propio Francis Fukuyama (norteamericano, a pesar de su apellido), adalid de lo que llamó el 'Final de la Historia' por el simple hecho de que, según él, se había acabado la Guerra Fría y había triunfado definitivamente 'la democracia', argumentaba que el mundo había entrado en una fase de eterna estabilidad. Pero no tardó en darse cuenta de hasta qué punto se mentía a sí mismo (e intentaba engañarnos a los demás), cuando comprobó que, a raíz de la Guerra de Irak, era evidente que nada (o casi nada) había cambiado. Todo se basó en la mentira impune..., como siempre. Y los propios falsarios acabaron por acuñar una cínica denominación para sus propias mentiras: las *fake news*. ¡El colmo de la desvergüenza! Del mismo modo que inventaron el término *daños colaterales* para justificar sus crímenes de guerra.

La descripción de la realidad en este año 2024 muestra a las claras que las ideas (o muchas de las ideas), decisiones, análisis y actuaciones de Lenin de hace un siglo se adaptan y se adecuan al presente sin excesiva dificultad. Cien años después, el método leninista contiene, en lo fundamental, las herramientas para entender el mundo de hoy. Su clarividencia, flexibilidad ideológica, capacidad perceptiva, valentía intelectual, resistencia al dogmatismo, visión de la oportunidad, etc., tienen un valor que no podemos negligir, sobre todo si, atentos a su pensamiento, en el marco de la actualidad, somos lo suficientemente diestros como para utilizar su caudal político para afrontar las tareas que tenemos hoy por delante.